

Dos viajeros cubanos en Guatemala

Nos parece oportuno encabezar este texto bajo la advocación de un poeta peruano, José Santos Chocano, que, como nuestros dos viajeros cubanos, ha recorrido también nuestro continente hispanoamericano, nuestra América española, nuestra América martiana, aquella Patria Grande que soñaron los Libertadores y que sigue, de tarde en tarde, buscándose a sí misma, y que actualmente recitan o a la que siguen apelando narradores y poetas.

Noches de Guatemala silenciosas,
en las que la ciudad dormida,
la Luna se deshace en blancas rosas
y llega un soplo de la otra vida;

.....
Y bajo de tal noche, estuve al lado
de aquella novia... Oh pálida hermosura
Oh el amor de don Pedro de Alvarado
y de doña Beatriz la Sin Ventura
Oh el tiempo de Manrique, el tiempo alado
que en las coplas será siempre mejor
Oh las reminiscencias del pasado
La serenata, el cántico de amor ¹.

Como introducción al estudio que nos proponemos desarrollar acerca de los relatos de viaje de dos escritores cubanos que han visitado Guatemala, como una etapa de sus exilios, que incluyeron México y Nueva York entre otros, sería interesante desplegar el significado del viaje en América.

En América, desde el descubrimiento, nos hemos desangrado por una tierra y una cultura propia, por momentos hondamente separada de España, y por otros, sintiéndonos hijos dignos de la madre patria.

1. José Santos Chocano : *Oro de Indias*, vol. I, "Nocturno n.º 12", Santiago de Chile, Ed. Nascimento, 1941.

Esa América, esta América, ya tenía como propio el ser aborigen, y luego fue cubriéndose de capas ambiguas, intelectuales, artesanales, complacientes, a veces profundamente mestizas, que es lo que nos define, y en conflicto con actitudes extranjerizantes yanquis o europeas según los casos.

América está signada, caracterizada por el «viaje» —el gran viaje de Colón está en el principio que nos vio nacer—, ese arriesgado salto hacia otro espacio que ensanchara las ambiciones de la reciente corona ibérica y la convirtiera en el imperio más poderoso —tema aún caro a la literatura del siglo XX—.

De este origen material pasamos a la «idea» del viaje, al sueño del viaje, que llega a ser la metáfora del viaje, cuando surge la necesidad de ser en otro —otro sitio, otros hombres, otras aventuras— por la sed inagotable y desoladora de ser otro diferente de sí, constituido y envuelto en nuestros propios delirios de hijos «del otro lado» del Atlántico con la misma faz hispánica de dominarlo todo en busca del Sol.

Así principia nuestra vida al «borde», en la costa, de cara al mar, esperando, buscando, a esa mar inmensa que había que remontar cada vez para gritar nuestra existencia en clave menor.

El viaje es este estado eterno de transición que nos ha invadido desde el primer día en que el primer hijo de la «otra orilla» llegó a estas costas.

Nuestros hombres quieren contar.
Y encontrarse en el otro.
Nuestros hombres quieren decir. Y pronunciar su verbo.
Nuestros hombres quieren mostrar. Y abrirse al mundo.
De allí el relato, la pasión, la angustia que desenvuelve
un mundo de desplegarse ante el Viejo Mundo.
Nuestros hombres quieren ver y verse
quieren mostrar y mostrarse.
quieren plantar y plantarse.

De allí el dibujo, la descripción, la espera que desemboca en un muestrario de rostros ante los hombres viejos.

Nuestros hombres quieren abrir y abrirse.
Nuestros hombres quieren andar y andarse.
Nuestros hombres quisieron descubrir y descubrirse.
De allí el cielo grande inmenso e infinito
la Cordillera y la Pampa
en la piel de un Nuevo Mundo virgen.

De allí, desde la sorpresa y la maravilla que sintió el hombre al admirar lo que se le ofrecía delante, el viajero, el conquistador, el funcionario, se hizo cronista pues floreció en él más que el deber político debido a su señor, la necesidad de contar, de describir, de apuntar, de dar noticia, para transmitir sus sensaciones, sus impresiones, para dar a conocer a ese otro que aparecía

en escena y que sería ya parte de sí —su relación con él—, escribir en definitiva para liberarse de sí y de los otros para ser nuevo.

El hombre no es virgen, está herido y busca guarida.

El hombre camina y se encuentra con el paisaje y con el otro hombre americano.

El viaje se parecé a una marcha hacia..., de ahí la condición itinerante del americano, precisamente por su ascendencia hispánica.

El viajero pide posada y un vaso de buen vino. Luego, con el tiempo, ha de llegar el placer de deleitarlo.

En primer lugar, la lucha y el denuedo; luego, el albergue y el cobijo.

América da hospedaje al hombre americano.

En ciertas épocas el hombre de América ha sido ciudadano de América. El hombre ha viajado a través de su América tras la conquista de la libertad.

La naturaleza en América es la casa grande y amplia de su habitante, aunque no es el hogar.

El hombre, el escritor, el poeta, el artista, el intelectual —según las épocas— ha intentado armar, precisamente, su hogar americano.

Para el hispanoamericano el ser hombre es el tener letras, poder descifrar su fuerza y su destino —el ser cultivado en la urbe—.

Luego se sienta a pensar y a escribir sobre sí y nos entrega sus relatos, sus apuntes, sus meditaciones sobre todo cuanto le conmueve de su América Latina.

Viajar por América tiene que ver con el ser desterrado por la autoridad política o bien representar a un estado.

Nuestros primeros diplomáticos han sido hombres de letras y han dejado cuidadoso recaudo de sus «impresiones» de viaje, al margen de su tarea política.

De estas consideraciones surgen «ideas fuerza» que nos han de guiar a lo largo de la lectura de los textos y que se vinculan fundamentalmente con la búsqueda de identidad del hombre americano.

De uno de los pensadores de América, el escritor José Martí, hemos revisado los relatos que nos hace de sus viajes y de entre ellos hemos escogido los referidos a Guatemala, que él mismo denomina «Apuntes de viaje», que luego completamos con las reflexiones y apreciaciones que acerca de esa amada tierra vuelca en *Nuestra América*.

Como primera parte de la investigación hemos de considerar estas dos versiones —separadas en el tiempo solamente por un año— génesis una de otra probablemente y las cuales pudiesen complementarse entre sí; por lo cual hemos de intentar acercarlas. En ese sentido hemos de apreciar las líneas centrales que mueven el relato, las ideas martianas que se reiteran en ambos, las reflexiones que nos hace el poeta, las observaciones acerca de la lengua, los temas principales en los que se detiene el político, los modos en que el escritor mismo se relaciona con su propia escritura, con la composición de ella, y el ordenamiento que le propone la materia.

En una segunda parte del trabajo nuestro guía ha de ser otro escritor cubano quien también visitó la tierra quiché y a la que le dedicó una de sus *Meditaciones americanas*. En cuanto a la relación que guarda con los relatos y con el pensamiento de Martí, es precisamente lo que hemos de considerar a través de esa lectura que el mismo escritor nos propone a través de las citas constantes que hace del maestro.

Es decir, frente al trabajo de Juan Marinello, el nuestro ha de ser el de poner en contacto ambas escrituras o contemplar ese tercer texto que surge a partir de ese relato de *Guatemala nuestra*. Así, hemos de intentar abrir las cuestiones principales o los puntos que él toma de Martí, bien que interpretándolos a la luz del medio siglo que los separa y de una ideología que ya en Marinello resulta declaradamente marxista.

Esto es como se da en definitiva esta relectura y reescritura mediatizada por el texto martiano y por la imagen que en este caso había dado de Guatemala.

Consideramos la de Martí una primera mirada para ver cuáles serían las líneas de un pensamiento que se continuaría en nuestro siglo ya incorporada la lectura martiana.

Apreciamos qué cuestiones destaca Marinello, cuáles prefiere, cómo las trata y también como en Martí, qué hace Marinello cuando cuenta o cuando nos refiere su experiencia directa en Guatemala.

José Martí nos lleva, pues, de viaje, esta vez por Guatemala y nos dejamos conducir por todo lo que de delicioso tiene un viaje y especialmente lo que de agradable posee un relato de viaje, contado por un poeta.

Emprendemos el itinerario también desde nuestra propia lectura de Martí, con los ojos abiertos a la maravilla, los oídos abiertos a la frase precisa y sonora, en especial a la metáfora que apela a nuestro corazón americano.

Montamos con el poeta en mula o nos trepamos a esta diligencia que ha de atravesar ríos y montañas, que ha de saltar inmensos lagos para mirar con sus ojos aquel paisaje, o dedicarnos una tarde a andar por entre las ruinas de la Antigua. En todo caso, desde su ser bucólico hemos de buscar posada con el hombre humilde, hemos de cobijarnos junto al rescoldo, nos sentiremos en casa, hospedados y abrigados del afecto que le brindan, hemos de admirar los ojos oscuros de una lugareña, hemos de contemplar desde lejos las figuras coloridas en procesión.

Un poco más adentro hemos de abrir nuestro gesto al encuentro con el indio y nuestra mente a las reflexiones y al pensamiento de ese hombre que ha intentado construir desde la palabra y desde la acción revolucionaria Nuestra América.

Para situar al lector, el hombre político e historiador de nuestros pueblos, se refiere a los problemas sufridos por las cinco repúblicas que para él deberían ser una única. Comenta cómo desde la época de la colonia, Guatemala tiene un lugar de privilegio entre sus hermanas, y cómo luego fue deshecha la unidad conseguida por Morazán.

Expone una de las que habría de ser línea fundamental de su pensamiento, esto es, la teoría relativa a la unión de las repúblicas en América, a la hermandad entre ellas; ideas en cuanto a la política americana y a las relaciones con España.

Recuerda a los héroes de la independencia y se acerca a las claves de su pensamiento liberador: los libros, los periódicos y los viajes.

El viaje comienza en Zacapa y este relato, fechado en 1877, está dedicado a los hermanos Valdés Domínguez.

Digamos que la relación está compuesta de dos planos que podrían definirse como:

a) el del yo del poeta escritor, el escritor, el viajero, el que se confiesa ante sus amigos sobre sus sensaciones, sus necesidades, y sus carencias a lo largo del viaje. Las motivaciones que lo llevan al viaje, da cuenta de cómo compone el relato para esos lectores, en principio privados, a quienes muestra cómo maneja el material de que se apropia en el viaje y lo despliega en su carácter del escritor. En este punto nosotros, como lectores, estamos frente a un texto público;

b) en el que el pensador que hay en Martí revela sus ideas sobre educación, hace conocer el arte guatemalteco, su pintura y su escultura, sus tallistas, y la arquitectura de las iglesias.

Zacapa da comienzo y fin a estos apuntes y desde allí el viajero nos cuenta cuál es el comercio, de qué viven los campesinos de la región, cuáles son los productos naturales, temática frecuente en estos escritos nos muestra el tabaco, el sombrero de petate, el café, el maíz, el azúcar, el licor, las telas, el hierro. Y comienza el viaje él mismo buscando y adaptándose a las formas diarias de las costumbres y de las comodidades de la gente del lugar.

Lucgo, desde la primera persona de lo autobiográfico se vuelca a sus amigos y les dice –y nos dice–:

«... echo pie a tierra de un larguísimo viaje... contaré, al correr de la pluma, a mis amigos muy queridos, cómo se viene, siendo yo quien soy, desde Isabel hasta Zacapa, y cómo se descansa, escribiendo esta autohistoria...».

en circunstancias de la Semana Santa y en busca del afecto

«... en brazos de los que bien sé que me quieren... en cuanto al asunto... y les escribo, estos mis ocios...».

califica su relato:

«...Este es un libro de casa sobre un viaje en mula, es un librito de comedor y en cuanto a su finalidad..., para que no se alejen algunos asuntos de la esquina...».

El primer capítulo está fechado el 26 de marzo de 1877 y cuenta anécdotas y aventuras amorosas a los destinatarios del diario: «Y yo te aseguro, Eusebio, amigo,... o bien a Fermín, hermano,...», les confiesa sus sentimientos,

las sensaciones del clima, cómo despertaba de una parte su alma romántica o su espíritu de héroe, digno de vivir según su imaginación. Nos muestra sus estados de ánimo ante el paisaje, en ese viaje de ocho días a través de ríos, selvas y montañas tropicales:

«Traía yo el espíritu celoso de la actividad de los caribes, traía el alma robusta con el magnífico espectáculo... Y este león rugiente, este corcel de Arabia y esta águila altanera que yo me siento aquí en el alma...»

Ordena el material de su diario, dice: «Bien está que yo empiece por la descripción de la viajante comitiva», y nos pone delante del primero de los retratos que hemos de encontrar en su relato, el de la mujer del arriero, con cierta ironía. Otros serán el del gallero de Santiago, el del presidente Barrios.

Y hace una de las observaciones léxicas que han de recorrer su escrito y que forman parte de su preocupación lingüística: «... dícame Aniceto que “rancho” no significa aquí hacienda como en Méjico, sino casa de de campo...».

Nos deja acercarnos a la vida pueblerina, ver cómo transcurre, en eso aparece el anticlericalismo que ha de reaparecer en el relato de J. Martí en el que denosta lo que nos ha quedado de la España conservadora y atrasada en las viejas beatas.

Camino de Gualan, cuenta volviéndose sobre su propio escrito: «Pongo toda mi buena voluntad para agrandar estos temas, para poetizar estos parásitos desnudos, para infernizar estas implicables mansedumbres.»

El escritor, de espíritu hondamente romántico en este pago, se interna como hombre en lo que el paisaje le ofrece tratando de imaginar desde su mundo mitológico griego lo que ve, proponiendo una nueva lectura. Por momentos trata de ser primitivo y no agregar nada a lo que ve «ese tronco es tronco, y ese leño, leño, y esa hoja, hoja... Feliz quien como yo pueda atravesar una selva, sin que se le figuren jueces y difuntos los troncos de los árboles...».

Y luego enuncia una serie de preguntas hacia sí mismo y hacia la situación que atraviesa. No se le presentan peligros a sus andanzas; no hay sorpresas, ni fieras que lo acechen, ni ladrones, como lo hace suponer la expectativa de una narración de aventuras.

Asegura que todo lo que siente surge desde él mismo: la impresión, la potencia, el aire, «... y valgo lo que soy, y jamás llega la hermosura del espectáculo a la altivez de lo que siento».

Como lectores del relato, como acompañantes del viajero, vemos el paisaje natural, el camino, los árboles, a través de la descripción del relieve. Entretanto, para amenizar la jornada, cuenta pequeñas anécdotas del andar, ciertas dificultades y cómo las resuelven los arrieros. Imagina aventuras quijotescas el escritor-jinete en su mula que se le figura Babiaca, y vuel-

ve la lectura. En esto relata la relación con el peón, cómplice de sus intentos y deja caer tiernamente el costado martiano de la afectividad y de la necesidad de afecto —tal como lo hemos tratado en un estudio anterior—².

Reaparece el yo protagonista, se mira a sí mismo como viajero y en su actuación; «... y queda dicho que yo que gusto del comercio ameno de los espíritus, y de observar el adelanto para noticia y loarlo y se admite cómo en mí la privación de la pulcritud interrumpe seriamente la vida. Hecho a la pobreza, no vivo sin sus modestias elegancias, y sin limpio mantel y alegre vista y cordial plática...».

Luego se refiere a sus escritos: «...Brotó el verso... aquí para una tragedia, poderosa y terrible. Luego dispongo un acto dramático —y pertinaz presencia de un tipo permanente que habré de hacer eterno en el teatro... Tal carta escribo a un alto hombre. Tal querrela de ranchera elocuencia, de admirable amor que acaricio, envío a mi amada.»

Y dice con aseveración: «Yo grabo una época del espíritu en una obra moderna, cuyo plazo trazo y divido con lucidez y claridad pasmosa...», tomando conciencia de la acción que ejerce con su prédica y sus escritos.

Escribe oralmente: «... más que medito, sueño; más que hablo, murmuro...».

Se refiere a su propia composición, al método que sigue y vuelve sobre sus afectos y sus ideales.

Se da en el trabajo del escritor la manifestación del yo, de la subjetividad del yo, de lo que siente, y hace una confesión a sus amigos:

«...Con miedo escribo cuanto escribo..., y temo que, como corrijo hoy dudas de ayer, haya de corregir mañana éstas que, brusca y vehementemente agito hoy. Así, por miedo al porvenir, deduzco y aminoro el presente...»

También al finalizar un capítulo de su relato se refiere a su escrito como «monótonas historias». Juzga, pues, su escrito, lo ordena, lo dispone y muestra su método al lector:

«Yo parleo con los chicos y con los grandes, y a aquéllos pregunto por su escuela y sus travesuras, y a éstos por sus haberes, fiestas y trabajos.»

Aparece además la búsqueda y la preocupación del cronista por el modo de vivir de la gente de la aldea, por los quehaceres diarios de la mujer, por los trajes que lucen para ir de fiesta, hace un nuevo retrato de los aldeanos de los pueblos que recorre, vuelca expresiones lingüísticas que explica y compara con las de otros sitios.

Consideramos a continuación los temas que trata Martí comunes a los «Apuntes de Viaje» y al ensayo sobre Guatemala incluido en *Nuestra América*.

En una anticipación de lo que ha de ser su discurso, dice que la transforma-

2. Amalia Iniesta Cámara: «Pensamiento político e interlocución: la epístola martiana», Primer Congreso de Estudios Latinoamericanos. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata (en prensa).

ción surge de las aldeas que se convierten en naciones útiles y en Guatemala ya nombra al presidente Barrios y al general García Granados, hacedores de la suerte de su país.

La naturaleza trabaja, ese pueblo se despierta, nos deja encontrar con el narrador los productos de la tierra y principalmente aparecen el valor del trabajo, de la actividad de labranza, del movimiento del puerto, apuntando a la «útil transformación» que esto conlleva, sustentada en los valores martianos de la libertad y de la dignidad que se convierten en riqueza por un trabajo honrado; la necesidad o el convencimiento de que la tierra es para quien la trabaja.

En este punto estamos ante una de las claves del pensamiento de Martí, referido a la alabanza hacia la modernización que ha de hacer mejores a nuestros pueblos, testigo de que este escrito puede pensarse como prefigurando escritos futuros en los que ha de desplegarse plena la ideología de nuestro héroe.

Como una antítesis de esta nueva estructura productiva, su crítica la llevan en este asunto los jesuitas quienes sacaban el oro por el puerto.

A continuación aparecen en la ciudad de Guatemala las familias del antiguo régimen, de costumbres puritanas, creyentes, que viven alejadas de los hombres nuevos, que añoran a los sacerdotes expulsados. Resume la idea el estado de ánimo y el modo de vida de estas familias la frase: «Es el convento que mira extrañado a la máquina de vapor.»

Dedica Martí en este mismo orden de ideas una página a exponer la transformación ocurrida desde «el Convento de la Recolectión a la Escuela Politécnica, de la casa de los hermanos paúles a la Escuela normal», y observa cómo «... donde se paseaban los sacerdotes... una multitud de jóvenes indios, ya maestros de escuela, estudian los métodos, los descubrimientos y las ciencias modernas».

Este es otro de los puntos clave del pensamiento que expone Martí en este texto y que reitera de modo similar en el ensayo que trabajamos y además prefigura líneas que ha de desarrollar en estudios posteriores, referidos a la relación del indio con la modernización. En contraposición a otras políticas indigenistas de la época que no creen en la posibilidad de incorporar al indio a la sociedad moderna, Martí lo piensa como un sujeto posible y pasible de alcanzar la modernidad, es decir, de hacerlo participar como actor social pleno.

Luego se preocupa en hacernos conocer, y con ello valora, a los pintores como Potanzas y escultores en madera, artistas dedicados al arte religioso en Guatemala. Describe con detalle algunas obras de arte y nos transmite su admiración por ellas:

En el ensayo también aparece esta cuestión y esta actitud del cubano, en este caso nombra a Manuel Merlo, a Cabrera, al místico Rosales, al pintor de la vida de San Francisco, Villalpando. De ellos hace crítica de las obras, hace valoraciones, los inscribe en su época, para conocimiento del lector. Se refie-

re a escultores como Julián Perales, pintor de Cristos y del retrato de Morazán en madera.

Obras notables todas que han trascendido a España y Francia; brinda un lugar de privilegio a Cirilo Lara, autor del San Juan de la catedral y destacado ya en los «Apuntes» que analizamos, a Quirino Castaño, escultor del muy venerado Señor de Esquímulas, el Cristo Negro de expresión doliente; Alonso de la Paz, que hizo el Jesús Nazareno de la iglesia de la Merced; a Vicente España y su maestro José Bolaños. Muestra las obras que hay expuestas en cada iglesia, describe las esculturas y los cuadros.

Este capítulo importantísimo lo despliega el poeta en forma de diálogo.

De modo que en este punto nos encontramos con un escritor hondamente ocupado por la expresión artística del pueblo guatemalteco que muestra la calidad estética de sus creaciones.

En esta valoración que hace del artista guatemalteco se nos presenta como ineludible la referencia al ensayo que otro guatemalteco, el gran escritor Miguel Angel Asturias ³, dedicara a hablarnos del «espíritu artístico del indio maya».

De él destacamos que encuentra sus raíces en el ser del indígena, en ese mundo en que se relacionan tan íntimamente lo vegetal y lo mágico, la fuerza y la significación de la mitología de la que arranca su ser creador. Nos dice que es alfarero, tejedor, músico, escultor, en fin, mago. Destaca la sensibilidad artística del indio maya y lo muestra no sólo en las obras de arte, sino también en las expresiones de arte escénico que despliegan en las fiestas religiosas, retablos, y expresiones estéticas de las cofradías.

También se detiene nuestro guía en la descripción de las iglesias como la de San Francisco, y desde el atrio de la catedral recuerda a su hacedor.

Se dedica luego a la arquitectura de la ciudad y precisamente como un cicero nos presenta la entrada a ella desde el Atlántico y desde el Pacífico. En este caso hace la descripción mediante una técnica de acercamiento al objeto, nos muestra las casas que «semejaban enanos con sombrero» y por dentro sus patios, sus plantas, sus zaguanes. Nos presenta el plano en damero de la ciudad y lo vemos desde cada uno de los cerros: el del Carmen y el del Calvario, que le servirán luego como marco para describir las fiestas y procesiones.

En ambos textos se ocupa el cronista, en este punto como historiador, de la fundación de la ciudad de Guatemala, del intento de situarla al pie de un volcán apagado. Mezcla a la belleza natural, el atractivo de la muerte, se insiste en una segunda fundación que la naturaleza en su furia vuelve a destruir y en su interpretación poética lo siente desde ese «preñado suelo del llanto de los indios reventó en espantosos terremotos».

Se ve, y nos hace ver a nosotros, transeúnte que marcha por entre las ruinas y comienza a imaginar «y sueña..., hay mucha vida en esa muerte...».

3. Miguel Angel Asturias: *Viajes, ensayos y fantasías* (comp. de R. Chalan), Buenos Aires, Editorial Losada, 1981.

Para el poeta bajo cuya advocación comenzamos este breve ensayo, la Ciudad Vieja (Antigua Guatemala) aparece así ⁴:

Hay en la paz de las ciudades yertas
ficción de campamentos desolados,
en donde, mientras duermen los soldados,
se oyen tristísimos alertas...

Vetustas casas; rechinantes puertas
colgaduras de musgo en los tejados
escombros contra escombros recostados
y, dormidas al Sol, plazas desiertas.

Histórica ciudad: nada amortigua
la pompa colonial que la engalana,
ni su hispano blasón mancha de lodo

Tiene el encanto de la ciudad antigua;
y la mayor felicidad humana;
la de vivir indiferente a todo

Nos presenta a continuación las fiestas que se realizan en Guatemala. En sus dos textos Martí nos muestra, por una parte, las fiestas cívicas del 15 de septiembre y del 30 de junio, uno día de la declaración de la Independencia y el otro entrada triunfal de los revolucionarios liberales. Describe el festejo, el modo en que se desenvuelve, desde un cerro, y el otro en que bajan «los grupos de indios» quienes se representan con una serie de verbos que brindan movimiento al relato: «se cruzan,... se detienen,... se brindan chicha.... se saludan respetuosamente y siguen su camino». Otros verbos como «vense,... domínanse» le sirven para mostrar la fiesta desde distintos ángulos de vista y los diferentes sitios a que acuden las muchedumbres.

Otras de las fiestas que le provocan placer describir —y a nosotros leer— son las fiestas populares, los días de mercado con toda su riqueza y vivacidad. Ellas también aparecen en los apuntes como en el ensayo, y en este sentido también están emparentadas desde la composición y la significación que el escritor-viajero le otorga.

De entre las fiestas tradicionales religiosas, nos cuenta Martí a quiénes se celebra, en qué ocasión. En la marcha hacia el humilde Jocotenango se detiene en las sillas, en los corceles, en los carruajes, en la feria de ganado. Hace una pintura del movimiento, de las apetencias de los jóvenes, de cómo se juega, de los papeles de cada parte de la sociedad, de la gente pobre y la gente rica, de las vestimentas, del desfile orgulloso de hombres y mujeres, de la comida y la bebida.

Se trata de una descripción viva y colorida de las fiestas y costumbres, nos muestra un día de domingo desde dos cuadros que pinta separadamente, en el cerro del Carmen y en el Calvario.

4. José Santos Chocano : *Alma América*, Lima, Ed. Nuevos Rumbos, 1958.

En este punto, pues, nos encontramos ante un escritor que trabaja como un antropólogo en la presentación del mundo folklórico de Guatemala y ello indica la valoración que de la tradición cultural de este pueblo hace el narrador cubano, como un modo más de búsqueda de lo telúrico, de lo propio americano.

Otro de los mercados animados que nos muestra es el de Quetzaltenango, ciudad antigua, de calles tortuosas en que se mercan trigo, lanas, maíz. En él, como en otros pueblos, demuestra la transformación a través del comercio, la llegada también de la Universidad. Nuevamente el puerto de San José que abre la entrada de Guatemala a la modernización.

En los pueblos por los que pasa señala precisamente esa transposición entre el ayer y el hoy, entre el antes y el ahora.

Lo hace a través de la llegada del ferrocarril, del telégrafo, de las centrífugas, de la máquina, el movimiento de buques de todas tierras y de todos calados. Y en el presente hábito:

Sucna el caracol que llama al descanso
recogen los pescadores el velocísimo cayuco
arreglan las fantásticas mujeres el aseado hogar
ayúdanse en la construcción de las casas...

Así, el viajero asombrado, nos asombra a la vez como lectores de su relato cuando ve «... el más solemne espectáculo, la más grandiosa tarde, el más majestuoso río, el río Dulce». Y en otro pasaje:

... otros más caudalosos: nuestro Amazonas,
... otros más claros: mi Almendares.

Ninguno tan severo, de tan altas montañas por ribera,
de tan mansa laguna por corriente,
de tan menudas ondas,
de tantas palomas,
de tan soberbios cortinajes de verdura del cielo prendidos,
y orlados y besados luego por la espuma azulosa de las aguas.

Islas como cestos; palmas que se adelantan para abrazar; sibilíticas inscripciones en extrañas piedras, abundantísimas aves; eco sonoro, en que se escucha algo de lo eterno y asombroso.

Valga esta descripción de uno de los paisajes paradisíacos con sensaciones de trascendencia para encantarnos de la naturaleza en la prosa poética de Martí.

Una muestra de la forma en que el viajero-escritor nos conduce la encontramos en el uso de los imperativos solícitos tales como: «Veamos cómo,... crucémoslo,... pongamos,... oigamos en la iglesia el tamboril y la chirimia,... anotemos en nuestra cartera de viaje la vivacidad y belleza de sus mujeres...»

Hay un tema central en estos textos y en los siguientes de Martí que es el relativo a los indios y en especial a su educación.

En este sentido alaba la política del gobierno de Guatemala que se ocupa de abrir escuelas y de enseñar a los indios, dice: «... vienen con los pies desnudos; vuelven profesores normales. Traían la miseria cuando Barrios los recogió; llevan a sus pueblos una escuela, un hombre instruido y un apóstol».

En una disertación sobre la educación muestra poéticamente la transformación por la educación, los indios: «Aindiados, descalzos, huraños, hoscos..., la miserable larva se ha hecho hombre. Esto es, se transforman por medio de la lectura, del estudio, comienzan a reflexionar, a inquirir, conocen al gobierno que los educa y a hombres como Bolívar.»

Insiste Martí en que «la revolución está en los pueblos y en que ha de ser la educación popular lo que los salve.

La clave está en «saber leer» y «saber escribir».

En cuanto a la condición de los indios: «Ellos son los que con el copetón sobre la frente, con el caloso pie agrietado..., con la cargada espalda, a paso de mula o buey, sirven al cura, adoran nuevos ídolos, visten misrables ropas... Son resignados, inteligentes, incansables, naturalmente artistas...», y reitera: «Qué gran pueblo no puede hacerse con ellos, haciendo, por ejemplo, a manera de una escuela normal de indios. Un nuevo apostolado es menester...»

De la música dice que en Guatemala se da por familias y las homenajea nombrándolas: los Andrino, los Sáenz, los Padilla.

Presenta una serie de poetas y escritores, como José Batres y le dedica unos recuerdos literarios de poetas españoles como Bécquer o Espronceda. Elogia a los fabulistas que americanizan el apólogo, pues censuran nuestros defectos, dice, con nuestros animales y nuestras plantas; elogia a educadores y a Mure, el historiador de las revoluciones en Centroamérica. Entre los escritores cuenta a los curas como Juarros, narrador de luchas épicas de los indios y cronista religioso, o las Memorias del arzobispo Peláez.

En este punto pareciera que su designio fuera dar a conocer, principalmente en el ensayo, el patrimonio cultural de Guatemala.

Se ocupa, por otra parte, de dar cuenta de las revistas y publicaciones que aparecen; hace crítica concisa, muestra temática y géneros que abordan, revistas como *El Porvenir* y *El Pensamiento*. Finalmente, hace referencia a las lecturas de los jóvenes, que tienen que ver con las novedades francesas entre los vagos ensueños de americanismo..., y del carácter de aquéllos dice de su talento, de su espíritu de independencia.

La escritura de nuestros hombres de letras hispanoamericanos se ha planteado desde que se ha iniciado como la búsqueda de la clave del enigma del continente, eso aparece en los diversos géneros que se cultivan y aun actualmente sigue apareciendo en la novela y en el ensayo, y en grado supremo en la poesía.

La escritura de Martí se inscribe, pues, en el interior de esta búsqueda que entraña fundamentalmente el problema vigente de la identidad de nuestros pueblos, de lo que sea lo propio, de lo que nos defina en la americanidad.

El texto, en este caso los apuntes y notas de viaje, de una parte, y el ensayo sobre Guatemala, se sitúan en el archivo de imágenes, materiales y representaciones acerca de América, que se encontraban planteados ya desde el momento de la conquista y la independencia, que había definido el papel del pensador justamente en el desciframiento del enigma de la identidad.

En el centro de las preocupaciones de este hombre y escritor político en los dos textos que consideramos sobre Guatemala vemos aparecer una serie de aspectos como el arte, la creación, la historia, la cuestión religiosa, las fiestas tradicionales de los aborígenes, que están conducidos en el pensamiento del cubano a dar cuenta de una especificidad del pueblo maya-quiché que le deje descubrir su ser propio, para elevar luego eso al ser americano y a lo universal.

Presenta un conjunto de reflexiones acerca del lugar del indio en la sociedad, de la alfabetización del indígena, hace una valoración del aborígen que se inscribe como su contribución a las discusiones de las políticas indigenistas de la época.

En Martí los saberes de la tierra, en la vuelta a lo más elemental funciona como contraposición a los discursos institucionalizados de la modernización. Crea, digamos, un discurso de la autenticidad de lo autóctono en una gran valoración siempre en busca de su propiedad y se erige como una crítica a los discursos del poder.

Martí enfatiza la autoridad literaria de la representación sin separarse de lo social. Ese carácter literario de la mirada es lo que de algún modo garantiza en sus estudios la verdad de lo que propone. La literatura —bajo una forma u otra, desde los simples apuntes a las ideas más elaboradas de un ensayo— constituye una de las estrategias de legitimación de lo telúrico, de lo propio, con jerarquía digna para constituir el origen y a la vez los márgenes de los lenguajes racionalizadores de la modernización.

La América que él nos presenta se erige como el espacio de lo fundante, de lo fundamental. En la hondura de su creación, la literatura se presenta como una hermenéutica privilegiada, de algún modo puede pensarse como la única capaz de dar cuenta de un universo propio, distintivo. Desde allí se levanta esa mirada sobre *Nuestra América*, en el centro crucial de Guatemala. Se abre una defensa del ser propio articulado desde la literatura, que lleva a un recorte de la difícil experiencia americana.

De modo tal que hemos analizado un par de textos o dos versiones de un relato de viaje sobre Guatemala, que se complementan y que poseen distinta textura: el primero, como una especie de diario de viaje o, como él lo llama, apunte de viaje, presenta una primera visión al contacto de la tierra y de la gente guatemalteca y abarca, como hemos visto, una gran parte de relato de subjetividad y autobiográfico del autor, del viajero al que intentamos seguir en sus andanzas.

El ensayo de *Nuestra América*, si bien probablemente guarde a aquél como subtexto, responde a una elaboración en virtud de las ideas, temáticas

y problemas fundamentales que conducen el pensamiento o la ideología martiana.

Los escritos de José Martí configuran imperativos ético-políticos que poseen exigencias literarias.

Martí fue en cada discurso un escritor político. En América Latina los obstáculos que tuvo que enfrentar la institución literaria ha conducido a los creadores y pensadores a conformar un campo literario, orientado efectivamente hacia el sustento de una autoridad política.

Desde una perspectiva, la literatura marginal en muchas ocasiones a las formas tradicionales ha de constituir un discurso encargado de plantear soluciones a los enigmas que se encuentran más allá de los límites convencionales del campo literario institucional.

De todos modos la escritura de Martí ejerce una intervención política considerable, así se trate de escritos pertenecientes a la esfera de lo público o de lo privado, en los diversos géneros que aborda, pues en todos ellos surge su honda preocupación por el ser americano.

En el caso de Martí estamos ante un pensador, un ideólogo, un apasionado de la suerte de nuestros hombres, su modo de vida, su relación con la naturaleza, su ser autóctono, su ser mestizo, la posibilidad de saber gobernarse, la lucha con el tigre de afuera y el tigre de adentro, la relación con el poder, sus costumbres, su religión y su arte...

Por eso se preocupa a cada paso por descifrar la esencia de cada problemática, de averiguar el origen de cada cuestión, de descubrir el color, la calidad y la veta que se oculta debajo de un rostro mestizo, para hacer surgir luego la trascendencia de aquella temática.

El discurso martiano es inseparable de la vida, estamos ante una literatura conducida por la actividad, por el trabajo, estamos ante una estética contenida por requisitos de carácter ético y una autoridad definida por la solicitud de la vida pública. Su discurso ocupa un lugar diferenciado, fuera del estado y crítico de los discursos dominantes.

En cuanto a la conformación de una identidad hispanoamericana, el discurso martiano se apoya en un relato de la historia, de la geografía, de la antropología de los pueblos americanos, en este caso de los quichés guatemaltecos, indagaciones que superan el mero recurso expositivo y mediante las que plantea el enigma hispanoamericano.

A través de una relación de viaje en que alternan, de un lado, la observación lingüística, la mirada cordial hacia el nativo, la pintura del mundo natural, el retrato del paisano y del presidente, la muestra del hogar aldeano.

De otro lado, componen su discurso —profundamente estético— su preocupación por los aconteceres o la pugna tradición —modernidad; la educación del indio, el artista que hay en él: el tallista, el pintor, el escultor, el hacedor en una palabra del mundo mítico religioso de los cachiqueles...—.

En esta segunda parte de la investigación nos proponemos viajar por Guatemala a través de la lectura que de Martí hace otro escritor cubano, Juan

Marinello, exiliado en Méjico, quien toma para su trabajo dedicado a «Guatemala nuestra», la guía del maestro cubano, y a quienes separan casi cincuenta años de vida y de escritura, y en los que, sin embargo, pareciera darse una continuidad de ideas o de pensamiento.

Ya que Marinello lee Guatemala, su historia y sus aconteceres desde una ideología declaradamente marxista.

Dos palabras sobre su actuación porque sirven luego para poder interpretarlo —su labor se ha difundido en revistas y folletos, a veces mimeografiados, vehiculizados muchos de ellos desde la clandestinidad—. Fue presidente del Partido Socialista Popular Cubano. Participó en el movimiento de renovación de Cuba en 1925 con intelectuales como Jorge Mañach y Félix Lizaso. Publicó en 1927 *Liberación* (poemas), *Ensayos sobre poética* (1933), *Americanismo y cubanismo literario* (1937), *Literatura hispanoamericana*, que son trabajos para la cátedra que durante su destierro en Méjico ejerció en la Facultad de Filosofía y Letras, y trabajos sobre Martí.

Su pensamiento se ha formado en la rigurosidad del materialismo dialéctico, desentrañando en sus estudios las vinculaciones del arte con la vida social, ahondando en las raíces de los problemas que emergen en la expresión literaria, en este trabajo hemos de apreciar la agudeza del análisis crítico.

La idea a desarrollar se orienta a apreciar la intertextualidad de citas e ideas y temáticas de Martí que aparecen en el trabajo de Marinello sobre Guatemala y comparar su empleo, para qué le sirven y cómo se apoya en ellas.

El ensayo de Marinello está dividido en breves capítulos.

En la introducción, Marinello, para decir que Guatemala concentra, en una encrucijada arquetípica, los elementos que hacen a la realidad, determinan la lucha y norman la liberación de la América Hispánica, se apoya en Martí cuando dice literalmente que Guatemala ofreció campo oportuno a su «inmensa impaciencia americana». Esto le sirve a Marinello para dedicar una de sus meditaciones americanas a Guatemala, porque ella sería representativa de lo que es América.

Para reforzar la interrelación agrega:

«Los cubanos tenemos, desde el nacimiento, una imagen amable y cálida de Guatemala. José Martí es mucho en nuestra vida y la tierra del quetzal fue mucho en la vida de José Martí. Es él quien nos entrega la envoltura y el gesto de la región centroamericana. Su entusiasmado ensayo sobre Guatemala abre una presencia en su ánimo que perdurará a lo largo de sus días.»

E inmediatamente nos recuerda como lectores, otros escritos de Martí relacionados con Guatemala: su única novela *Amistad funesta* o el tono de su dolorosa y tierna elegía escrita a la muerte de María García Granados, «La niña de Guatemala»; esto en cuanto a la creación literaria. Luego agrega: «Y quien haya seguido la escritura martiana por las tierras de su América, tocará siempre en la que le dicta el pequeño país un latido distinto.» De esta manera muestra Marinello la preferencia de Martí por Guatemala.

Prosigue Marinello: «No faltan en el testimonio guatemalteco de Martí ni la preocupación política ni la certera referencia a lo social» (líneas fundamentales del pensamiento martiano), pero son aspectos que preocuparían más a nuestro segundo autor.

Es por ello que nos advierte que, «aunque haya que decir que su advertencia corre muy teñida de la exaltación que le despiertan la naturaleza incomparable, su terco amor al indio y su cálida cordialidad por las gentes», y nos previene con cierta reserva que «sus mirajes primordiales siguen teniendo coyuntura». De modo que esto por una parte muestra la de Martí como una mirada primera y un Marinello que se pretende más analítico, más crítico y de otra época.

En el capítulo que llama «La tierra», y que da cuenta de su visita a Guatemala, que estamos leyendo con Martí, luego de hacer el camino desde la capital hasta el lago de Atitlán, sigue a Santo Tomás Chichicastenango, y allí Marinello dice que recibe la más honda lección americana. Se detiene, y nosotros con él, en Antigua Guatemala: «posee la ciudad una atmósfera, un gesto y un matiz únicos. El ambiente tiene esa inquieta, esa sigilosa serenidad de la provincia hispanoamericana donde domina lo indígena. Sólo que Antigua Guatemala es mucho más: es un gran recuerdo en pie, una grandeza inacabada, un pasado de aguda presencia. De haberla respetado los terremotos, estaría hoy sacada de su sueño, quebrantada en su perfil, desvirtuada. Paradójicamente, la destrucción le ha salvado el espíritu, y los edificios despedazados, sorprendidos en su gesto de tiempo, le han guardado la grandeza».

Luego de volcar la sensación sentida en ese sitio testigo de otra época, valora e incorpora lo que, como síntesis de su pensamiento o de la imagen que él guarda de Guatemala, toma de Martí: «Hay mucha vida en esta muerte —exclamó Martí al visitarla, y agrega Marinello—. Todo está tocado en ella por esa rara fuerza que da la herida que derriba, pero que no acaba de matar... Como los algarrobos de nuestro Camagüey, la ciudad florece mejor con las raíces al aire...»

Luego de recordar la fundación de la ciudad en 1543 y su destrucción en 1773, de referirse a la etapa colonial como a la de mayor actividad e intensidad, vuelve a traer a Martí: «recordándole la grandeza, dijo Martí que había sido fuerte como Burgos, atractiva como Sevilla y silenciosa como Toledo».

Prosigue Marinello diciendo que «como el terremoto le quitó el rango pero no la vida, quedó latiendo testigo de sí misma y podemos contemplarla hoy en su estampa exacta, como fue cuando mandaba el Reyno de Guatemala».

Nos presenta luego el narrador la descripción del plano de la ciudad, y aquí agrega una meditación sobre el hecho de que los conquistadores trasladasen a estas tierras la esencia del sentido monumental y cívico propio de la metrópoli, materializado en iglesias y palacios, edificios que él considera subalternos, pues se construyen no sólo en la sede virreinal, sino también en «pueblos entrados en la selva, como en la Antigua».

Y prosigue: «La destrucción de templos y mansiones permite mirar al revés de su porte, de su calidad, de su intención.»

El viaje continúa desde la Antigua a Panajachel, donde reposa el viajero y luego encuentra el lago de Atitlán, «peregrina suma de maravillas. ...En las orillas del lago —asegura— se siente plenamente el poder y el garbo delicado y majestuoso de la naturaleza americana».

Por la mañana muy temprano salen para Santo Tomás Chichicastenango. «Es domingo, día de mercado, y se nos anuncia un “espectáculo”.» Describe el paisaje, la llegada al altiplano, y luego al trópico, contraste que deleita al viajero. Finalmente, llegan a uno de los núcleos más puros y vitales de la antigua civilización maya, y en consideración del cronista, hoy recinto de la ignorancia y la pobreza.

Esta es su apreciación del mercado de Chichicastenango: «El espectáculo es triste, deprimente, por encima de su color. Aprieta el ánimo, y lo subleva, el paso de estas pobres gentes bajo cargas enormes; hay quien lleva encima los enseres de una casa... otros enormes bultos de tejidos caseros: el de más allá, montañas de cacharros de alfarería. Las mujeres transportan casi tanto como sus compañeros y sufren el peso de fardos rebosantes de animales, frutos, ponchos y flores...», y sintetiza: «Al sol de la mañana, todo es color, carácter, tiempo y dolor soterrado.»

Se detiene en los trajes de las mujeres y de los hombres y los describe cuidadosamente; compara la vestimenta de los señores con la de los baturros, por una parte, y con los de Yucatán, por otra. En su análisis incorpora elementos por los que se refiere a las condiciones de vida: «Las mujeres,... comunican una indiferencia desolada, una sensación de fatal hundimiento, como la de quien no tiene delante sino la cuadrícula ceñuda que conocieron sus abuelos, que aprisiona a sus padres y que apresará al hijo que, envuelto en lindas telas —una carga más—, traen a las espaldas.»

Llegan a la iglesia catedral y dentro Marinello se detiene en las imágenes, de las que dice: «El desgarrado realismo de algunas descubre la tradicional maestría de los tallistas guatemaltecos», que fueron gusto y sorpresa de Martí. En este punto recordamos la preocupación del maestro por el arte maya, capítulo que posee un lugar destacado en su relación de viaje.

Respecto de la descripción de un día de mercado, digamos que Marinello hace una de valor muy distinto al del relato martiano —el que ahora leemos está teñido de una visión más crítica, casi centrado en el análisis de la condición económica de la gente—.

Marinello oficia de sociólogo e interpreta lo que ve en términos de explotación, centrándose en las exterioridades de las condiciones económicas de los lugareños y de sus comportamientos sociales. En lo personal, la escena religiosa le provoca tristeza y compasión. Por cierto, esta relectura del fenómeno resulta más entristecida si la comparamos con la del día de alegría que nos pintaba Martí.

En el sitio de Piedras Negras, centro del milagro maya, dedica Marinello

un homenaje al hallazgo del manuscrito del Popol-Vuh y a quien lo tradujera por primera vez, Fray Francisco Ximénez.

En este punto es necesario valorar la preocupación del escritor por las raíces de este pueblo, y la revaloración que hace del libro sagrado al comienzo de las meditaciones, lamentando que otros escritores actuales no lo empleen como fuente de inspiración.

En el capítulo que llama «El regodeo y la trampa» continúa con su análisis de los modos de vida que llevan estos hombres guatemaltecos. Lo vivido le parece imaginado, soñado.

Analiza los conflictos desde la óptica de la relación entre la explotación que sufre el indio y la acción del imperialismo. Orienta su pensamiento hacia el estado en que viven los indios, circunstancias y conflictos, los resume como una síntesis entre «la mente mágica y su estado de esclavitud».

Nos propone una diferenciación de entre las diversas interpretaciones sobre el indio americano, una esteticista que contempla al hombre sumergido en su paisaje y la desecha.

Ya que para Marinello, este análisis muestra al indio como perteneciente a una raza estancada, dormida, fosilizada y, por lo mismo, irredimible. Confirma su opción recurriendo a la frase de Martí que expresa «el veneno de tres siglos, tres siglos ha de tardar en desaparecer», y a ello agrega que ningún grupo humano ha sufrido tanto como éste.

Resalta la permanencia de esta situación en la historia del indígena. Recuerda luego las discusiones en el debate colonial de la condición humana del indio. Concluye esta parte con una reflexión acerca de la simbología del maíz para esta civilización que aparece en varias ocasiones del estudio.

Consideramos que Marinello hace de este punto una clave de sus reflexiones acerca del indio, ya que critica las posturas justificativas del atraso del indio y por otra parte plantea la complejidad del problema para la sociedad occidental, ante la necesidad de resolver el problema de cuáles deben ser los derechos del indio, todo ello fuertemente teñido por su posición de intelectual crítico de izquierdas.

Interpreta en el siguiente capítulo llamado «El pecado original», las condiciones de vida de Guatemala inserta en el contexto de la América Central, tal como ya lo había hecho en su ocasión Martí.

Dedica el próximo a caracterizar el aparato de la Iglesia como «la armazón ideológica» durante la conquista y la colonia e interpreta que en Guatemala la instalación de este poder fue muy cerrado y violento.

Le sigue en «La luz aprisionada» un relevamiento de las personalidades limpias y valerosas o figuras admirables en las distintas etapas históricas, los que realizaron además una importante acción cultural: entre ellos destaca al padre de las Casas, San Francisco Solano, Vasco de Quiroga, el jesuita Juan Pablo Vizcardo autor de la *Carta a los españoles americanos*,

Miguel Hidalgo y José María Morelos son incorporados como ejemplos de acción revolucionaria. Concluye que en todos estos casos la denuncia del total asolamiento y destrucción fue elocuente, valerosa y heroica.

En este punto trae nuevamente la palabra de Martí cuando se refiere a ellos como «Aquellos sacerdotes fueron entonces únicos señores de la oprimida conciencia popular».

Claro que nos recuerda rápidamente que también Martí nos dice que:

«muy pronto la calle era del oidor de gorra y garnacha, o del encomendero desdentado, de casco y gamuza, o del presidente que echaba a desvergüenzas al obispo que le venía a pedir ley para la indiada, sin mas coraza que su lanilla de dominico, ni más miedo que el de no ser bastante brioso. A flechazos recibían aquellos cristianos a los obispos que no les firmaban los crímenes con la religión.»

Lo afirma como una relativización de una denuncia que más que eficaz podría llegar a ser funcional al mismo sistema represivo.

Confirma con esto su posición enfrentada respecto de todo poder eclesiástico. El rol de la Iglesia no podía estar en defender al indio, sino en asegurar su obediencia, que era reafirmar su desdicha.

En otro momento vuelve a referirse al arte del pueblo de Guatemala, muestra las imágenes dolientes, porfiada presencia humana y realista en la trama ritual, que dejaron los tallistas indígenas y criollos su tono y su conflicto, y nombra, entre otros, a Quirno Cataneo, Cirilo Lara, el maestro Ramírez, y a Vicente España, algunos ya nombrados por Martí.

En este punto vuelve a unirse a la preocupación martiana por la creación artística de los mayas y su valoración de aquélla.

Luego nos dice que en la compleja encrucijada tenemos casos pasados y presentes para centrar el rumbo, y dice: «Otorgarle a Martí —peleador contra la mala España con armas españolísimas— un alto relieve en la perspectiva, no es envanecimiento patriótico. El magisterio elocuente es en él una virtud hecha en cauces profundos y consanguíneos; la honda autenticidad de su lengua le sirvió para cumplir dos responsabilidades capitales: descubrir las manquedades ancestrales de lo hispánico en sus dos riberas y denunciar cabalmente la amenaza imperialista tendida sobre sus pueblos.»

Advertimos en este párrafo que el pensador cubano reconoce a su maestro, le admira, se manifiesta en estas declaraciones continuador como lo venimos mostrando de sus ideas, que confirman una crítica a la hispanidad colonial de una parte, y lo que Martí ya combatía como las fuerzas amenazantes del «tigre de afuera», el imperialismo para el pensador marxista.

«Dominio desde fuera» se llama el capítulo en que Marinello plantea como formando parte de la lucha de los pueblos del norte y del sur, en los que acercamientos y disputas entre las cinco naciones en desunión, ponen de manifiesto las manipulaciones de los poderosos. Para ello trae como referente y antecedente a Martí, quien, con anterioridad, mirando al futuro, ya había

afirmado «que el parentesco entre ellos será más poderoso que la pócima de ira con que les alborotó las venas el conquistador».

Se sigue el análisis de Marinello en la perspectiva temporal del dominio de Guatemala por parte de Gran Bretaña y Estados Unidos.

Se plantea la unión como defensa de la soberanía y conjunción de intereses y dice: «la que peleó Morazán y soñó José Martí hubiera significado para las masas centroamericanas ventajas duraderas y fecundas». Y refiriéndose a los procesos que sufren los guatemaltecos, sostiene que las masas campesinas —el verdadero pueblo centroamericano— pasaron a ser instrumento del latifundista criollo y del caudillo republicano.

Volviendo a Martí —vigilancia apasionada y cordial que nos acompaña a lo largo de estas notas—, con lo cual estamos nuevamente ante la palabra agradecida hacia el maestro, que asentó que la independencia, proclamada con la ayuda de las autoridades españolas, no fue más que nominal, y no conmovió a las clases populares ni alteró la esencia de esos pueblos».

Comenta luego Marinello que con el tiempo, la masa indígena no alcanzó la tierra propia. En todo este análisis comprobamos que quienes siguieron en el gobierno a los españoles no cambiaron la estructura de poder.

En el que hemos de presentar como capítulo significativo dentro de nuestro trabajo por la relación que guardan los planteamientos con la expresión literaria y que Marinello denomina «Los verdugos», se acerca la experiencia histórica de Hispanoamérica a nuestra circunstancia contemporánea, que se ha desplegado como sabemos a lo largo del siglo xx, y en este proceso aparece como una constante del modo de no saber gobernarse de nuestros pueblos, la presencia del dictador.

En ese andar, Guatemala es sólo un caso entre muchos.

Cuando la barbarie alcanza grados de monstruosidad, explica el escritor, sus representantes cobran realidad arquetípica y muchas veces se les alude como criaturas fantásticas, desligadas de la realidad que las produce.

Por supuesto se refiere en primer lugar a *Tirano Banderas*, de Ramón del Valle-Inclán, e interpreta que para arribar a casos de tipificación abstracta como el que la novela plantea, es indispensable que se hayan producido con larga reiteración las figuras monstruosas y las situaciones espantables. No hay duda, afirma, que las tiranías centroamericanas componen realidades lancinantes, espectáculos de trágica agonía.

Hace una invitación, tratándose de Guatemala especialmente, a la lectura de *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias, a la cual, con perspectiva histórica y literaria, podríamos ampliar apelando a las relecturas de *El recurso del método*, de Alejo Carpentier, otro cubano y otro dictador; *Yo, el supremo*, de Augusto Roa Bastos, o a *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez.

Hacemos esta referencia a los dictadores para decir que los escritores no hacen más que llevarlos en la monstruosidad del realismo mágico, o al juego infinito de los documentos, los escribas y las escrituras a una u otra mons-

truosidad narrativa, que nunca ha podido superar, lamentablemente a los hechos de la realidad política.

La obra de Marinello se incorpora a través de la referenciación con Martí en la literatura, en el entramado de lecturas y relecturas, a las escrituras, en este caso de los relatos de viajes de experiencia directa y los viajes que se escriben desde una relectura de otro.

Se vincula con un otro con el que guarda estrechas relaciones, la de ser cubano, de ser exiliado por motivos políticos, de sostener con él una continuidad de pensamiento, y ciertas similitudes en aspectos que tienen que ver con la interpretación de los mismos. La capacidad de intuir y complementar las constantes en que unas estructuras, al principio coloniales y por lo tanto justificadamente de sujeción, han pasado inmodificadas a través del largo medio siglo que separa una visión de otra.

Por otra parte, y quizá uno de los aspectos más interesantes de este análisis, creo que los dos cronistas se han centrado en aspectos semejantes para pensar a los pueblos americanos, y en este caso específico a Guatemala, en el contexto de los países centroamericanos, a saber: las raíces indígenas, y con ello el respeto por la religión y sus expresiones en las fiestas tradicionales —aunque ya reverencien al nuevo dios— la importancia del respeto por el folklore, por las expresiones folklóricas en sus costumbres, en sus vestimentas, en sus comidas y bebidas, en la relación o el relevamiento que ambos autores hacen de los días de mercado, para uno de alegría y en interpretación del otro de tristeza por la explotación que ello pone de manifiesto.

Otro aspecto significativo, tiene que ver con que los dos presentan con detenimiento todo lo concerniente al mundo del arte de este pueblo, que se ha elegido entre otras cosas porque es manifestación concentrada de lo que sucede en otros países hispanoamericanos. Tanto Martí como Marinello se han dedicado a mostrar la ciudad de Antigua Guatemala en la arquitectura, en su plano, y se ha entrado en los pueblos que se recorren a las iglesias para detenerse en las tallas, en las imágenes, en los cristos y se habla con admiración de sus artistas.

Se analiza en ambos escritos la condición del indio, su lugar en la sociedad, su aislamiento, y se manifiestan por una parte las políticas del indigenismo vigente que desea o propone incorporar al indio a su mundo occidental, mediante el mejoramiento que supone, muy fuertemente para Martí, la imperiosa necesidad de alfabetización del indio, para que salga de la aldea y vuelva maestro normal.

Martí se muestra siempre muy apasionado: del paisaje natural, de la suerte del indio, por el que manifiesta su amor, y enorme admiración por el arte que despliega en sus esculturas en madera. Diríamos que en el modo de ser de Martí, tiene hacia lo que cuenta una mirada más lírica, más amorosa, más adoración, sin desconocer y sin dejar de plantear los problemas que lo han llevado adonde se encuentra —que es lo mismo que hablar de continuación de la dominación que sufre el nativo a partir de la llegada de los españoles—.

En cambio, la mirada de Marinello, como hemos planteado en la investigación, esto es, a través de la lectura que ya ha hecho de su compatriota Martí, es mucho más analítica, más fría, más alejada del ser hombre del indio.

O sea, lo toma como un objeto de estudio de carácter sociológico, histórico y explica desde su ideología, las causas de su explotación; sin embargo, no deja de sentirse admirado en este viaje por tierra quiché, de la naturaleza, de los lagos —bien que no con el apasionamiento de Martí, pero sintiéndolo igual como suyo—, no deja de admirar al artista que hay en el indio maya, ni de acudir a las raíces de los libros sagrados, pero, como lo hemos dicho, su postura o su análisis es absolutamente crítico y desesperanzado, y Martí, naturalmente, mucho más idealista.

AMALIA INIESTA CÁMARA
Universidad de Buenos Aires

EDICIONES CONSULTADAS

DE JOSE MARTI

José Martí: *Obras completas*, La Habana, Editora Nacional de Cuba, 1964.

Vol. 19, *Viajes, diarios, crónicas, juicios*.

Fue escrito por Martí en francés originalmente y luego fue traducido al español por el señor Arturo van Canenghem, profesor que fue del Instituto de Segunda Enseñanza de Marianao (se incluye en la parte de Viajes y aparece como «Notas sobre Centro América», y luego «Apuntes de viaje»).

Vol. 7, *Nuestra América*.

Incluye un estudio llamado «Guatemala» en una serie de pequeños estudios sobre la misma. Fue publicado originalmente como folleto en Méjico en 1878. Ed. El siglo XIX, con prólogo del escritor guatemalteco R. Uriarte.

DE JUAN MARINELLO

Juan Marinello: *Meditación americana, Cinco ensayos*, Buenos Aires, Ed. Procyón, 1959.

El último ensayo se titula «Guatemala nuestra». Dedicado a María Josefa Vidaurreta.

BIBLIOGRAFIA

Genette, J.: *Palimpsestes*, Paris, Ed. du Seuil, 1982.

González, Aníbal: *La crónica modernista hispanoamericana*, Madrid, Ed. Porrúa Turanzas, 1983.

- Marinello, Juan: «Las raíces antiimperialistas de Martí», disertación pronunciada en el Liceo de Guanabacoa el 27 de enero de 1977. En *Ideas en torno de Latinoamérica*, México, UNAM, 1968.
- Pastor, Beatriz: *Discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa de las Américas, 1983.
- Rama, Angel: *Las máscaras democráticas del modernismo*, Montevideo, Ed. Arca, 1985.
- Rotker, Susana: *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena, 1992.
- Todorov, T.: *La conquête de l'Amérique*, Paris, Ed. du Seuil, 1982.
- Vitier, C., y García Marruz, F.: *Temas martianos*, Puerto Rico, Ed. Huracán, 1981.